

El Demonio de los Andes (Anécdota e Historia)

Wilfredo Kapsoli Escudero
Universidad Ricardo Palma
wckapsoli@hotmail.com

Resumen

Recurso narrativo utilizado por muchos escritores, la anécdota fue un elemento esencial e imprescindible en la obra de Don Ricardo Palma. En efecto, la presencia de este elemento logró enriquecer y darle vitalidad a ese impresionante y vasto cuadro pormenorizado de sucesos históricos y personajes que logró crear el escritor limeño con su pluma. Es precisamente en *El Demonio de los Andes*, uno de los trabajos históricos del tradicionalista, donde la historia y la anécdota se complementan de la mejor manera deleitando con ello a muchos lectores, pero dando también para que muchos críticos cuestionen la labor de Palma como historiador por el abuso recurrente de la anécdota. El presente trabajo busca deslindar los límites entre la historia y la ficción y el empleo de la anécdota en la obra del tradicionalista.

Palabras clave: Historia, anécdota, Ricardo Palma, Francisco de Carbajal

Abstract

*a narrative resource used by many writers, the anecdote was an essential element in the work of don Ricardo Palma. In fact, the presence of this element managed to enrich and give vitality to that impressive and vast detailed picture of historical events and characters that managed to create the writer of Lima with his pen. It is precisely in *El Demonio de los Andes*, one of the traditional works of the traditionalist, where history and anecdote complement each other in the best way delighting many readers, but also giving many critics to question the work of Palma as Historian for the recurrent abuse of the anecdote. The present work seeks to delimit the boundaries between history and fiction and the use of the anecdote in the work of the traditionalist.*

Keywords: History, anecdote, Ricardo Palma, Francisco de Carbajal

Wilfredo Kapsoli Escudero

Doctor en Letras (Historia) por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Posee estudios de posgrado en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París. Ha sido becado por la Comunidad Científica Japonesa a la Universidad Nanzan de Nagoya.

Introducción

Para desarrollar este Ensayo queremos resaltar las reflexiones esenciales de nuestro maestro Carlos Aranibar acerca del tema cuyo derrotero nos sirve de guía:

I. Anécdota e Historia

El maestro afirma:

Creo que la Anécdota gusta por su brevedad, opuesta a un extenso libro de historia. No es mera cuestión de tamaño, ¡qué va! Pero si las cosas diminutas y ligeras atraen más que las enormes y pesadas: “Más me espanto de la ligereza de la mosca que vuela, que de la grandeza de la bestia que anda, y más me maravillo de las obras de las hormigas que de las de los camellos,” decía san Agustín.

Luego, continúa:

En realidad, la Anécdota es figura tan vieja como la historia escrita. Si la borrásemos de las milenarias obras de Herodoto, Plutarco, Suetonio, Tácito, Livio, Tucídides, se nos caerían de la mano textos áridos y de lectura penosa, poblados por personajes que simulan maniqués fugados de un museo de cera. Si hoy revivimos con placer el añejo mundo de Grecia o Roma es gracias a las breves y pulidas estampas que esos autores transmiten. Ocurre lo mismo con los escritores de la Edad Media, cuyas crónicas y memorias rebosan lances públicos e íntimos episodios que exornan sus relatos y que suelen ser engendros de una dislocada fantasía.

La Historia es solemne porque persuade, la Anécdota es liviana porque entretiene. La historia cruza tiempos y espacios, nos pide calzar las botas de siete leguas para un paseo maravilloso y

agotador, la anécdota es el oasis donde abreva el viajero. La historia, fiscal ante un sañudo tribunal de justicia, reúne los documentos de prueba. La *anécdota*, como en un vivaz cotorreo de familia, estruja y comprime los hechos en ágil resumen. La *historia* expurga un ayer lejano que no volverá y despide el aroma melancólico de las cosas guardadas, la *anécdota* convida una vivencia cuya lozanía no puede ajar el tiempo y nos da en la cara como esos programas de TV ‘en vivo y en directo’. Se dijera que la *historia* se mueve con el andar lerdo y pesado del oso y la *anécdota* con el saltarín arrebato de la ardilla. La *historia* nos aturde con masas de datos, fechas e información que no hay tiempo ni voluntad de procesar y nos suele empujar a callejones sin salida. La *anécdota*, atajo en el bosque, como un apunte taquigráfico abrevia sucesos de personajes que recuerdan mucho a los de la vida diaria. La *historia* restaura viejas fotografías que los años han amarilleado y las bruñe y retoca para devolverles el brillo que tuvieron; la *anécdota* repudia maquillajes porque es un flash que ciega por su resplandor. Si la *historia* habla a la razón, la *anécdota* convoca al sentimiento. En el estocástico tiro al blanco de las reminiscencias, cabe la tierra azul de la fantasía, la *historia* dirige sus dardos a la cabeza, la *anécdota* apunta al corazón.

Más aún, La *anécdota* no moraliza ni adivina el futuro, porque no es escuela de ética ni bola de cristal. Pero la ciencia *histórica* siempre jugó esos juegos e incurrió en ambas ilusiones. Dos milenios ha reinado el aforismo clásico de Cicerón –la historia, maestra de la vida– y a pie juntillas se admitió que abriendo el baúl del pasado y desempolvando papeles apolillados en archivos se aprenden lecciones para el porvenir.

Un excelente historiador del siglo XX, el marxista Eric Hobsbawm, cuenta que por la década de 1930 su familia residía en Viena. Un buen día de 1937 el suegro, un comerciante judío sin más argumento que su intuición, hace liar los petates y los bártulos para huir a Inglaterra, y trasfiere sus negocios a Manchester.

Un año después Hitler invade Austria, Checoslovaquia... y comienza el acoso y la persecución de los judíos y el genocidio que el mundo entero condena (Hobsbawm. On history. New York, The New Press, cap. 4, p. 40).

Uno creería que la trivial *anécdota* aspira a quitarle los humos a la '*historia* científica'. Pero se trata de ópticas distintas. El libro de historia pide un lector con actitud crítica y una saludable cuota de escepticismo: no aceptar lo *falso* como *verdadero*, rechazar lo que no apoyan los documentos. La *anécdota*, más humilde y menos exigente, solo demanda credulidad. La *historia* nos propone teoremas con una demostración razonada que aspira a convencer, la *anécdota* expropia la virtud del axioma que no necesita prueba alguna.

Se acusa a la *anécdota* de acudir a chismes y fraguar sucesos que jamás ocurrieron, en tanto que la *historia* es fiel a la verdad. Eso, como decían los jesuitas, es 'materia opinable'.

El libro de *historia* siempre lleva nombre de autor. En época menos remilgada, uno echaba mano libre a otro. Hoy, al que no cita fuentes con pelos y señales (autor, título, pie de imprenta, página) las reglas de cortesía vigentes le cuelgan el sambenito de 'plagiario'. En cambio, la *anécdota* es un bien mostrenco de libre circulación, cuya paternidad nadie reclama. Es fruto de creación anónima, surge de fuente colectiva, de una sabiduría popular sin tiempo ni espacio fijos y se trasmite por la vía oral, como agua que brota de un puquial, que fluye suave y de continuo y que se canaliza en tradición, refrán, leyenda, rumor, frase célebre.

La *anécdota*, volátil ave migrante, deambula por donde puede, aventaja a la historia porque no usa muletas de archivo y vaga por su cuenta y riesgo. Salvo la mayor libertad de juicio que brota en el último tercio del siglo XX, durante milenios el historiador ha estado al servicio del poder, de los vencedores.

Gozó de privilegios y en el Renacimiento era honroso ser ‘historiógrafo’ o ‘cronista mayor’ de un monarca.

En el Perú, dice nuestro maestro Carlos Aranibar:

Bien lo supo Ricardo Palma, que resucitó nuestra Biblioteca Nacional saqueada en la guerra del 79 y solía borrar un par de líneas en la primera página de cualquier texto antiguo, como lo sabe quien alcanzó el alucinante Salón América antes del incendio de 1943. Crónicas y memorias son las fuentes que inspiraron sus Tradiciones peruanas, anecdotario rico de ingenio en formato kingsize.

A menudo Basadre usó la Anécdota como recurso narrativo. Vargas Ugarte juzgó su Historia de la República “apresurada y a trechos más anecdótica que ponderada y crítica” (Manual de Estudios Peruanistas. Lima, 1952, p. 329). Basadre acusó el golpe, doliéndose de «la crítica que es apresurada y que otorga excesiva importancia a las anécdotas... La historia es vida y la vida suele expresarse en detalles, gestos o visajes que entretienen o hacen meditar” (Historia de la República. Lima, 4ª edición) y rechazó “la objeción de que acogía anécdotas, como si fuera un pecado tratar de dar amenidad al relato” (I: XVIII). Si Porras usó la cátedra, Basadre usó el libro como aula peruanista. No escribió para lectura de corrido. Para alivio de lectores echó mano de anécdotas que, como en remanso, aquietan las aguas y hacen burla de las cosas más serias del mundo. Si en nuestro país de tan rica historia hay ondas de heroísmo y brisas de fragancia, lo mismo hay frustraciones y torpezas, disloques y hasta burradas colectivas. Como en cualquier rincón del mundo, también entre nosotros se cuecen habas, añadía Porras.

Creo que el mayor atractivo de la *anécdota* es contagiar presentismos. Si la historia evoca fantasmas lejanos, sombras

ilustres a las que hay que mirar hacia arriba y dedicar efemérides y discursos retóricos y aburridos, la anécdota baja a tierra pompas y orgullos porque nos habla de personas que no recuerdan lo que vemos y vivimos a diario. Nos sugiere que los grandes hombres pueden descalzarse el coturno, quitarse la máscara y bajar al nivel de lo cotidiano, y que aquellas situaciones que nos divierten o deslumbran bien podrían ser el fruto de nuestra vulgar experiencia. La *anécdota* suspende el flujo temporal, muda el drama heroico en comedia de costumbres, rompe la clepsidra mágica y hace del pasado fugitivo un presente que se escapa del tiempo para dialogar con nosotros. Pese a Benedetto Croce, toda historia ocurrió ayer y a nuestras espaldas, mas toda anécdota ocurre hoy mismo, frente a nuestros ojos.

Una última reflexión, dice don Carlos:

Dije que la *historia* demanda escepticismo y duda crítica, virtudes ambas del pensamiento adulto. Y que la anécdota pide credulidad, virtud tan propia del infante. Frente a la fe pura del niño que confía y cree, el lector de historias es un obcecado aprendiz que madura al convertir en rutina el arte de sopesar testimonios y confrontar verdades y cuestionar, no tanto lo que se dice, sino quién lo dice. Y por qué lo dice. Como aquel ruminativo y memorioso Funes del cuento de Borges, cual testarudo inventariador que no puede olvidar nada y sueña con el vano espejismo de registrar todo el pasado en un catálogo infinito, la *historia* nos recuerda que el tiempo pasa, nunca sin fruto, pero pasa. Y pesa. Es inevitable y grato recordar el ayer, pero por mucho mirar atrás la mujer de Lot quedó convertida en estatua de sal. Y es que, tanto en el diario vivir como en la historia, alejarse al pasado en demasía es un hábito peligroso que frena y quita los bríos cuando se intenta cambiar las cosas de verdad. En cambio la *anécdota* nos sube a su alfombra mágica, nos venda los ojos y luego, transportándonos a la infancia, ya libres

de mudanza y de melancolía, nos devuelve el rumoroso y olvidado candor que en otro tiempo nos hacía oír la música del universo y vivir en rosa y fantasía, cuando sencillez e inocencia caminaban juntas, como tomadas de la mano.

2. Anécdota e Historia de Francisco de Carbajal.

2.1. Biografía

Dice el maestro Ricardo Palma:

Crueldades aparte, es Francisco de Carbajal una de las figuras históricas que más en gracia me han caído.

Arévalo, pequeña ciudad de Castilla la Vieja, dio cuna al soldado que por su indómita bravura, por sus dotes militares, por sus hazañas que rayan en lo fantástico, por su rara fortuna en los combates y por su carácter sarcástico y cruel, fue conocido, en los primeros tiempos del coloniaje, con el nombre de: *Demonio de Los Andes*.

Como en otra ocasión lo he retratado, nació Carbajal en Rágama (aldea de Arévalo) y el autor de los Mármoles parlantes dice, no sé con qué fundamento, que fue hijo natural del terrible César Borgia, y, por ende, nieto del papa Alejandro VI. A comprobarse este dato, no habrá ya por qué admirarse de la ferocidad de nuestro hombre, que en la sangre traía los instintos del tigre. La raza no desmintió en él.

Francisco de Carbajal, después de haber militado cerca de treinta años en Europa, servido a las órdenes del Gran Capitán Gonzalo de Córdova y encontrándose con el grado de alférez, en las famosas batallas de Rávena y Pavía, vino al Perú a prestar

con su espada poderoso auxilio al marqués don Francisco Pizarro. Grandes mercedes obtuvo de éste, y en breve se halló el aventurero Carbajal poseedor de pingüe fortuna.

¿Quiénes fueron sus padres? ¿Fue hijo de ganancia o fruto de honrado matrimonio? La historia guarda sobre estos puntos profundo silencio, si bien libro hemos leído en que se afirma que fue hijo natural del terrible César Borgia, duque de Valentinois.

Después del trágico fin que tuvo en Lima el audaz conquistador del Perú, Carbajal combatió tenazmente la facción del joven Almagro. En la sangrienta batalla del Chupas, y cuando la victoria se pronunciaba por los almagristas, Francisco de Carbajal que mandaba un tercio de la alebronada infantería real, exclamó, arrojando el yelmo y la coraza y adelantándose a sus soldados: “Megua y baldón para el que retroceda! Yo soy un blanco doble mejor que vosotros para el enemigo!”. La tropa siguió entusiasmada el ejemplo de su corpulento y obeso capitán, y se apoderó de la artillería de Almagro. Los historidores convienen en que este acto de heroico arrojo decidió la batalla.

Las cualidades dominantes en el alma de nuestro héroe eran la gratitud y la lealtad. Muchos vínculos lo unían a los Pizarros, y ellos lo forzaron a representar el segundo papel en las filas rebeldes. Gonzalo Pizarro, que estimó siempre en mucho el valor y la experiencia del veterano, lo hizo, en el acto reconocer del ejército el carácter de maestro de campo.

Carbajal, que no era tan sólo un soldado valeroso sino hombre conocedor de la política, dio por entonces, a Gonzalo el consejo más oportuno para su comprometida situación: “Pues las de cosas os suceden prósperamente (le escribió) apoderaos una vez del gobierno”.

El maestro de campo era, políticamente hablando, un hombre que se anticipaba a su época y que presenta aquel evangelio del siglo XIX: “a una revolución vencida se la llama motín: a un motín triunfante se le llama revolución: el éxito dicta el nombre”.

No es nuestro propósito historiar esa larga fatigosa campaña que con la muerte del virrey en la batalla de Iñaquito, el 18 de enero de 1546, entregó el país, aunque por poco tiempo, al dominio del muy magnífico señor don Gonzalo Pizarro. Los grandes servicios de Carbajal en esa campaña, los compendiamos en las siguientes líneas de un historiador: “El octagenario guerrero exterminó o aterró a los realistas del Sur. A la edad en que pocos hombres conservan el fuego de las pasiones y el vigor de los órganos, pasó sin descanso seis veces los Andes. De Quito a San Miguel, de Lima a Guamanga, de Guamanga a Lima, de Lucanas al Cusco, del Collao a Arequipa y de Arequipa a Charcas. Comiendo y durmiendo sobre el caballo, fue insensible a los hielos de la puna, a la ardiente reverberación del sol en los arenales, y a las privaciones y fatigas de las marchas forzadas. El vulgo supersticioso decía que Carbajal y su caballo andaban por los aires. Sólo así podían explicarse tan prodigiosa actividad”.

Después de la victoria de Iñaquito el poder de Gonzalo parecía indestructible. Todo conspiraba para que el victorioso gobernador independizase el Perú. Su tentador Demonio de los Andes le escribía, desde Andahuaylas, excitándolo a coronarse: “Debéis declararos rey de esta tierra conquistada por vuestras armas y las de vuestros hermanos. Harto mejores son vuestros títulos que el de los reyes de España. ¿En qué cláusula de su testamento les legó Adán el imperio de los Incas? No os intimidéis porque hablillas vulgares os acusen de deslealtad. Ninguno que llegó a ser rey tuvo jamás el nombre de traidor. Los gobiernos, que

creó la fuerza, el tiempo los hace legítimos. Reinad y seréis honrado. De cualquier modo, rey sois de hecho y debéis morir reinando. Francia y Roma os ampararán, si tenéis voluntad y maña para saber captaros su protección. Contad conmigo, en vida y en muerte, y cuando todo turbio corra tan buen palmo de pesenezo lo tengo yo para la horca como cualquier otro hijo de vecino”.

(...)

Ha de quedar en el Perú memoria de Francisco de Carbajal.

¡Y vaya si dejó nombre!

Basta leer al Palentino o cualquiera otro de los que sobre las guerras civiles de los conquistadores escribieron, para que se le ericen a uno los cabellos ante la sangre fría y el desparpajo con que Carbajal cortaba pescuezos, no diré a hombres de guerra, que al fin en ellos es merma del oficio el morir de mala muerte, sino hasta a frailes y mujeres.

Carbajal es una especie de ogro, un tipo legendario, un hombre enigma. En nuestra historia colonial no hay figura que más cautive la fantasía del poeta y del novelista. Grande y pequeño, generoso y mezquino, noble y villano, fue Carbajal una contradicción viviente. Con sentimientos religiosos que no eran los de su siglo, con una palabra en la que bullían el chiste travieso o el sarcasmo del hombre descreído, con una crueldad que trae a la memoria los sanguinarios refinamientos de los tiranos de la Roma pagana.

He aquí el retrato moral que un historiador hace del infortunado maestre: “Entre los soldados del Nuevo Mundo, Carbajal fue sin duda el que poseyó más dotes militares. Estricto para mantener la disciplina, activo y

perseverante, no conocía el peligro ni la fatiga, y eran tales la sagacidad y recursos que desplegaba en las expediciones, que el vulgo creía tuviese algún diablo familiar. Con carácter tan extraordinario, con fuerzas que le duraron mucho más de lo que comúnmente duran en los hombres, y con la fortuna de no haber asistido a más derrota que a la de Sacsahuaman en sesenta y cinco años que, en Europa y América vivió llevando vida militar, no es extraño que se hayan referido de él cosas fabulosas, ni que sus soldados, considerándole como a un ser sobrenatural, lo llamasen el Demonio de los Andes. Tenía vena, si así puede llamarse, y daba suelta a su locuacidad en cualquier ocasión. Miraba la vida como una comedia, aunque más de una vez hizo de ella una tragedia. Su ferocidad era proverbial; pero aún sus enemigos le reconocían una gran virtud: la fidelidad. Por eso no fue tolerante con la perfidia de los demás; por eso nunca manifestó compasión con los traidores. Esta constante lealtad, donde semejante virtud era tan rara, rodea de respeto la gran figura del maestro de campo Francisco de Carbajal”.

Al arribo del licenciado Gasca con amplios poderes de Felipe II para proceder en las cosas de América y prodigar indultos, honores y mercedes, empezó la traición a dar amarguísimos frutos en las filas de Gonzalo. Sus amigos se desbandaban para engrosar el campo del licenciado. Sólo la severidad de Carbajal podía mantener a raya a los traidores.

En Lima estaba en ebullición la rebeldía contra Pizarro. El pueblo que, en Cabildo abierto, lo había aclamado libertador, que lo llamó el muy magnífico, y que lo obligó a continuar en el cargo de Gobernador ya que él desdeñaba el trono, ese mismo pueblo le negaba, un año después, el contingente de sus simpatías. ¡Triste, tristísima cosa es el amor popular!

Forzado se vio Gonzalo, para no sucumbir en Lima, a retirarse al Sur y presentar la batalla de Huarina. No excedía de quinientos el número de leales que lo acompañaban. Diego Centeno, al mando de mil doscientos hombres, atacó la reducida hueste revolucionaria; más la habilidad estratégica y el heroico valor del anciano maestro de campo, alcanzaron para tan desesperada causa, la última de sus victorias.

La gran figura del vencedor de Huarina tiene su lado horriblemente sombrío: la crueldad. Difícilmente daba cuartel a los rendidos, y más de trescientas ejecuciones realizó con los desertores o sospechosos de traición.

Por fin, el 9 de abril de 1548 se empeñó la batalla de *Saxahuaman*. Pizarro, temiendo que la impetuosidad de Carbajal le fuese funesta, dio el segundo lugar al infame Cepeda, resignándose el maestro a pelear como simple soldado. Apenas rotos los fuegos, se pasaron al campo de Gasca el segundo jefe Cepeda y el capitán Garcilaso de la Vega, padre del historiador. La traición fue contagiosa, y el licenciado Gasca, sin más armas que su breviario, y su consejo de capellanes, conquistó en Saxahuaman laureles baratos y sin sangre. No fueron el valor ni la ciencia militar, sino la ingratitud y la felonía, los que vencieron al generoso hermano del marqués Pizarro.

Cuando vio Carbajal la traidora deserción de sus compañeros, puso una pierna sobre el arzón, y empezó a cantar el villancico que tan popular se ha hecho después:

Los mis cabellicos, maire,
Uno a uno se los llevó el aire;
¡Ay pobrecicos,
Los mis cabellicos!

Derrotados ruidosamente por el pacificador don Pedro de la Gasca, Gonzalo Pizarro y Francisco de Carbajal fueron inmediatamente juzgados y puestos en capilla. Sobre el Gobernador en su condición de caballero, recayó la pena de decapitación. El maestro, que era plebeyo, debía ser arrastrado y descuartizado. Al leerle la sentencia contestó: Basta con matarme.

Cuando lo colocaron en un cesto arrastrado por dos mulas para sacarlo al suplicio, Carbajal soltó una carcajada y se puso a cantar:

¡Qué fortuna! Niño en cuna,
Viejo en cuna! ¡Qué fortuna!

Durante el trayecto, la muchedumbre quería arrebatar al condenado y hacerlo pedazos. Carbajal, haciendo ostentación de valor y sangre fría, dijo:

—Ea, señores, paso franco. No hay que arremolinarse y dejen hacer justicia.

Y en el momento en que el verdugo Juan Enriquez se preparaba a despachar a la víctima, ésta le dijo sonriendo: “Hermano Juan, trátame como de sastre a sastre”.

Carbajal fue ajusticiado en el mismo campo de batalla el 10 de abril, a la edad de ochenta y cuatro años. Al día siguiente hizo Gasca su entrada triunfal en el Cusco.

Cerca de sesenta años habían transcurrido desde el horrible drama de Saxahuaman. Un descendiente de San Francisco de Borja, duque de Gandía, el virrey poeta, príncipe de Esquilache, gobernaba el Perú en nombre de Felipe III. No sabemos si cumpliendo órdenes regias o bien por rodear de

terroroso prestigio el principio monárquico, hizo que el 1° de enero de 1617, y con gran ceremonial, se colocase en el solar del maestro de campo la siguiente lápida:

“Reynaldo la Mag. De Philipo III. N.S. Año d 1617 el Exmo. Señor D. Francisco de Borja príncipe D Esquilache Virrey d estos reinos mando reedificar este mármol que es la memoria del castigo que se dio a Francisco de Carbajal Maesse de Campo de Gonzalo Pizarro en cuya compañía eve aleve y traidor a su rey y señor natural cuyas casas se derribaron y sembraron de sal. Año de 1548 y este es su solar”.

Esta lápida, que nuestros lectores pueden examinar para convercerse de que, al copiarla, hemos cuidado de conservar hasta los errores ortográficos, se encuentra hoy incrustada en una de las paredes del salón de la Biblioteca Nacional. Pero, algunos años después, un deudo de Carbajal la hizo desaparecer de la esquina de la calle de los Gallos, hasta que un siglo más tarde, en 1645, fue restaurada por el virrey marqués de Mancera, como lo prueban las siguientes líneas que completan la del salón de la Biblioteca:

“Después reinando la Mag. de Philipo III - N.S. el Exmo. S.D. Pedro D. Toledo y Leyva Marqués de Mancera Virrey de estos reinos gentil hombre de su cámara y de su consejo de guerra estando este mármol otra vez perdido le mandó renovar. Año de 1645”.

Ricardo Palma al final de su libro anota lo siguiente:

Para que los lectores de esta sucinta biografía formen cabal concepto del hombre que, así en las horas de la prosperidad como en las del infortunio, fue leal y abnegado servidor del muy magnífico don Gonzalo Pizarro, vamos a presentarles en una docena de tradiciones históricas, cuanto de original

y curioso conocemos sobre sus acciones y anécdotas de los Andes.

2.2. Anécdotas de Francisco Carbajal

- a. Cuéntase que, en el Cusco, doña María Calderón, esposa de un capitán de las tropas de Centeno, se permitía con mujeril indiscreción tratar a Gonzalo de tirano, y repetía, en público, que el rey no tardaría en triunfar de los rebeldes.

–Comadrita –la dijo Carbajal en tres distintas ocasiones–, tráguese usted las palabras; porque si no contiene su maldita sin hueso, la hago matar, como hay Dios, sin que la valga el parentesco espiritual que conmigo tiene.

Luego que vio la inutilidad de la tercera monición se presentó el maestro en casa de la señora, diciéndola:

–Sepa usted, señora comadre, que vengo a darla garrote– y después de haber expuesto el cadáver en una ventana, exclamó: “¡Cuerpo de tal, comadre cotorrita, que si usted no escarmienta de esta, yo no sé lo que me haga!”.

- b. Caído el caballo que montaba, se halló el maestre rodeado de enemigos resueltos a darle muerte; mas lo salvó la oportuna intervención de Centeno. Algunos historiadores dicen que el prisionero le preguntó:

–¿Quién es vuesamerced que tanta gracia me hace?

–¿No me conoce vuesamerced? –contesto el otro con afabilidad–. Soy Diego Centeno.

–¡Por mi santo patrón! –replicó el veterano, aludiendo a la retirada de Charcas y a la batalla de Huarina– como siempre vi a vuesamerced de espaldas, no le conocí viéndole la cara.

- c. Acercósele entonces un capitán, al que en una ocasión quiso don Francisco hacer ahorcar por sospecharlo traidor:

–Aunque vuesa merced pretendió hacerme finado, halagaréme hoy con servirle en lo que ofrecérsele pudiera.

–Cuando le quise ahorcar podía hacerlo, y si no lo ahorqué fue porque nunca gusté de matar hombres tan ruines.

Un soldado que había sido asistente del maestre, pero que se había pasado al enemigo, le dijo llorando:

–¡Mi capitán! Pluguiera a Dios que dejasen a vuesa merced con vida y me mataran a mí! Si vuesa merced se huyera cuando yo me huí, no se viera hoy como se ve.

- d. –Hermano Pedro de Tapia –le contestó Carbajal con su acostumbrado sarcasmo–, pues que éramos tan grandes amigos, ¿Por qué pecásteis contra la amistad y no me disteis aviso para que nos huyéramos juntos?

Un mercader, que se quejaba de haber sido arruinado por don Francisco, empezó a insultarlo:

– ¿Y de qué suma le soy deudor?

– Bien montará a veinte mil ducados.

- e. Carbajal se casó con doña Catalina Leyton que era una dama portuguesa, y la única mujer que algún dominio ejercía sobre el Demonio de los Andes. Sin embargo, no la trataba con grandes miramientos; pues habiendo en Arequipa, convidado a comer a varios de sus amigos, estos se excedieron en la bebida y, al verlos caídos bajo la mesa, exclamó doña Catalina: “¡Guay del Perú! ¡Y cuál están los que lo gobiernan!”. Más Carbajal atajó la murmuración de su querida, diciéndola con aspereza: “Cállate, vieja ruin, y déjalos dormir el vino por un

par de horitas que en disipándoseles la embriaguez, el que, menos de ellos es capaz de gobernar no digo el Perú, sino medio mundo”.

Bibliografía

Araníbar, C. (2012). Ensayos de Historia, Literatura y Novela. Lima: Ed. Biblioteca Nacional del Perú.

Kapsoli, W. (1998). Biografía del Libro El Demonio de los Andes. *Aula Palma*, Discursos e incorporación. Lima: Universidad Ricardo Palma.

Kapsoli, W. (2002). Francisco Carbajal o el Genio del Mal. Lima: Ed. Jurídica.

Palma, R. (1883). Francisco Carbajal o El Demonio de los Andes. Nueva York.

Porrás Barrenechea, R. (1980). Los Cronistas del Perú. Lima: Ed. BCP.

Recibido: 9 de noviembre 2016

Aprobado: 5 diciembre 2016